

CENTENARIO DE MANUEL MACHADO EL PESO DE ANTONIO

En consideración intrínseca, Manuel Machado es un poeta muy superior al que se urde comparándolo con su hermano Antonio. Por lo tanto, convendría proceder a la lectura de la obra del primero a cierta distancia cronológica respecto a la del segundo. De Manolo se dice que es el bueno, y de Antonio, que es el mejor. Muy poco o nada, pues, hubiera logrado Antonio con la no existencia del escritor Manuel, el cual, en cambio, hubiese ganado en suculenta medida en el caso de no existir Antonio.

Cotejarlos entre sí para calibrar a dúo sus respectivos valores constituye un procedimiento viciado de origen, una injusticia y un error. Sin embargo, este es el sistema que de manera automática e irreflexiva emplean muchos de los lectores comunes a ambos hermanos. Sucede que la comparación les surge en la superficie del pensamiento a brincos de rana, y, como consecuencia, padece la categoría de Manolo, quien así desciende al nivel de figura secundaria.

Claro que un estudio a fondo de su producción —al menos, de una parte considerable de ella— conduce a otras conclusiones y desbarata el frecuente equivoco. A Manolo hay que desligarlo de Antonio, y este año en que se cumple el centenario de su nacimiento brinda la grata posibilidad de llevar a cabo el comienzo de la operación quirúrgica necesaria para separar a los dos siameses. Si le restituyen vida y hábito propios, Manolo crece, se estira, y cabe aplicarle entonces la frase agustina de que «ya es lo que era». Pero el apellido lo llevan a pulso entre ambos y siempre abundan los que establecen la interrelación e incurrir en la maquinales actitud de colocar las etiquetas de «mejor» y de «peor».



Curioso y fatídico destino el de Manuel Machado, autor peculiar, original, reconocible, aunque la sed de su estilo literario la extinga con aguas donde antes bebiéron otros escritores, ninguno de los cuales es su hermano Antonio, esa cima, ese agitado sosiego, ese astro fijo que eclipsa la calidad y la significación genuinas de la mitad del binomio.

Decía González Ruano que «da no sé qué separarlos». «Siempre que estábamos con uno no podía evitarse mirar por detrás de sus hombros como si por la puerta estrecha de la conversación pudiera entrar el otro». En breve y emocionado estudio, el notable periclista desaparecido proclama que Antonio es huésped «de la gloria segura» y Manolo «de la fama olvidada», y agrega que, ya muerto Antonio, a los que fueron amigos de ellos se les escapaban plurales reveladores al charlar con Manolo. Por ejemplo: «¿en qué trabajáis ahora?».

En algún sentido, semeja que todavía sigan trabajando, Antonio en sus versos de honda filosofía y aparente sencillez, y Manuel en los suyos, menos descomplicados, rellenos de ecos andaluces y galos y con pulsaciones toreras y «cantaoras». O sea, parece que continúen juntos, compartidores de tedios y de añoranzas...

Claro que da no sé qué separarlos, porque, al revés de lo que ocurre con el apellido, entre los dos resultan más llevaderos las añoranzas y los tedios. No obstante, ya es hora de rescatar a Manuel del claroscuro en que lo sume desde hace demasiado tiempo el intenso fulgor de Antonio, y este centenario debería servir como eficaz y legítimo pretexto.

J. S.